

**Daniel Remón**

---

Literatura

---





Seix Barral Biblioteca Breve

---

# Daniel Remón

## Literatura

---

© Daniel Remón, 2021

Representado por la agencia literaria Dos Passos

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Imágenes del interior: Vector Plotnikoff / Shutterstock

Primera edición: enero de 2021

ISBN: 978-84-322-3762-1

Depósito legal: B. 21.647-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

## MADRID DESDE CAPITÁN HAYA

Anoche me pediste que te contara un cuento. Tenías treinta y nueve de fiebre. Al ponerte la mano en la frente, como hacía mi padre, tu abuelo, conmigo, te tapé sin querer los ojos, las ventanas de la nariz, el labio superior. Me di cuenta entonces del poquísimo tiempo que llevabas en el mundo y me asusté.

Estábamos en la habitación del fondo. A media tarde, el sol calienta la colcha y el cuarto entero huele a ropa recién planchada. Lo sé porque aquí paso las horas, aquí escribo. Hoy es de noche. Hemos dejado una luz encendida. Te da miedo la oscuridad, y no te culpo. Yo también la he visto, a mí también me da miedo.

La lámpara que nos protege me la regaló cuando cumplí treinta y seis años un amigo que se ha ido a vivir a Perú. Es un cuadrado de papel. En la base hay un coche, encima del coche un león, en-

---

cima del león un buzo ciego. Nuestra luz hace un trapecio sobre la pizarra magnética que colgamos la semana pasada entre tu tía y yo. La colgó tu tía, en realidad, igual que todo lo que has visto en la casa nueva.

Cuando no puedo escribir, aso pimientos o me pongo a mirar la pizarra. Un mapa del barrio de Nueva España, en Madrid. Una foto de Raymond Carver con las piernas cruzadas. Una reproducción de un cuadro que Antonio López tardó en pintar más de cuatro veces tus años de vida. Una ficha de cartulina rayada en la que se lee una palabra de origen latino. Es el título de la novela que estoy escribiendo y no escribo.

Estoy aquí, contigo. De rodillas. Parezco un turista asomado al culo de un pozo. Y tú con tu biberón en la cuna portátil. Una bolita que piensa y pide. Pide cuentos.

Ya te he contado muchos cuentos, te digo, y es verdad.

El de *Los tres cerditos*, el de *Rosa Caramelo*, el de *Viaje a las estrellas*, el de *La bruja y su sombrero*, el de *La pequeña oruga glotona*, el de *Álex y el dinosaurio*, el de la croqueta imaginaria, el del teatro que vuela.

Uno más, dices tú.

Vale, digo yo, pero solo uno.

Y también:

¿Quién quieres que salga en el cuento?

Este juego, lo mismo que el otro, el de escribir,

---

me lo enseñó tu padre. Es un juego muy sencillo. Yo te pregunto quién quieres que salga en el cuento y tú me contestas.

Cuando vivía en Londres me pasaba días enteros viendo en pijama concursos de cocina. Una de las pruebas típicas de cualquier concurso de cocina consiste en obligar a los participantes a utilizar ingredientes escogidos por otros participantes, por el presentador, a veces incluso por el azar. Cocina de aprovechamiento, se llama eso. O poesía.

¿Quién quieres que salga?, repito.

Teo, dices tú, que sales en todos los cuentos.

Nombras después otras cosas. Las nombras, supongo, porque aunque algunas sean de juguete a ti te gustan y están en tu mundo, que es pequeño pero es mundo.

Unos tacones.

Un coche rojo.

Un pirata enano.

Evelyn —ni la menor idea de quién es.

Una bruja buena.

Una bruja mala.

Una pistola.

El hombre de hojalata.

La maleta del Capitán Garfio.

Un monstruo.

Y un montón de dinero.

Me siento en el suelo y apoyo la espalda contra la pared. No es pared pared, es pladur, pienso, se puede caer. Y también pienso que sí, que te voy a

---

contar el cuento. Que en el cuento habrá todo eso que me acabas de pedir y habrá también viajes en el tiempo. Eso pienso mientras miro entre la ne-grura el cuadro de Antonio López. *Madrid desde Capitán Haya*, se llama el cuadro, que muestra una vista parecida a la que tenía yo desde la ventana de mi habitación en la casa familiar. Entonces creía que allí, en el número 24 de la calle Juan Ramón Jiménez, en el barrio de Nueva España, entre los metros de Cuzco y plaza de Castilla, en Madrid, no se podía escribir. Que para escribir había que ir a la guerra o cazar elefantes. Ahora no. Pienso en mis padres, tus abuelos. Pienso en una frase que decía mi padre. Con estos bueyes hemos de arar, decía. Con esto, sea lo que sea esto, tendremos que hacer literatura.

---

## UNA FOTO DE PRINCIPIOS DE SIGLO

El cuento lo arranco en el número 24 de la calle Juan Ramón Jiménez, la casa en la que viví durante casi veinte años. En un ataque de nostalgia he subido en la moto hasta la papelería de Félix Boix —La Boutique de la Oficina, se llama— con la intención de comprar un cuaderno amarillo cuadriculado de marca Centauro, el primer cuaderno que recuerdo haber tenido en toda mi vida. Me dice la encargada que la marca ha quebrado. Al parecer, los legatarios de la empresa dilapidaron la herencia, y cito textualmente, «en Porsches, Ferraris y no sé qué más». Así que compro un cuaderno amarillo cuadriculado de marca Enri, que no es lo mismo pero es también muy buena marca, me siento en un banco enfrente del chalé y me imagino que ahora, en el chalé, vive una familia de dos. Ella trabaja, él también, está la asistenta. Se llama EVELYN.

---

En un guion de televisión, o de cine, los nombres de los personajes se escriben así, en mayúsculas, al menos la primera vez que aparecen. Yo voy a hacer lo mismo con cada persona u objeto que me has pedido que salga en el cuento, para que veas que cumplo.

Agosto, bochorno, treinta y tantos a la sombra, Evelyn riega. Es la hora de la siesta. La perra de la familia, un corgi galés de Pembroke, llora en sueños. Ha visto algo que Evelyn verá enseguida. De momento está hablando por teléfono con una de las cinco sobrinas que tiene en Ilo-Ilo. Hablan en tagalo de la grifería de la casa que nunca se acaba de construir, de la abuela, que cumple años, de la posibilidad de un tifón. Evelyn lleva un uniforme a rayas azules y blancas que parece un babi. Está encorvada contra un pote, tratando de contener, en el cuenco de la mano izquierda, una mezcla de abono y agua que rebosa del tiesto —por nada del mundo querría manchar, por segunda vez en lo que va de semana, el felpudo de fibra de coco natural que adorna la entrada—. Los felpudos están para mancharlos, piensa Evelyn mientras se cambia de oreja el teléfono. Pero el propietario del chalé, que se llama Gonzalo, no piensa lo mismo.

En mi comunión me tocó cantar, delante de unas ciento ochenta personas, el tema *Tan cerca de mí*, compuesto por el cantautor uruguayo Luis Alfredo Díaz Britos allá por el año 1979. Sepultada en algún oscuro recoveco del mundo hay una cin-

---

ta VHS que lo prueba. Me acuerdo de oír, segundos antes de enfrentarme a la primera nota, un zumbido. Es lo mismo que dijo Andrés Iniesta que había escuchado justo antes de marcar el gol decisivo en la prórroga de la final del Mundial contra Holanda. Evelyn lo escucha hoy atravesando las arizónicas. Es la ausencia escandalosa de ruido. Es el silencio.

La comunicación se corta, el auricular cuelga, la perra escapa. Caen el agua y el abono y cae también uno de los tiestos y a punto está de caer, te lo digo porque sigo en el banco y desde el banco lo he visto, la propia Evelyn.

Buscando a la perra corre hasta el portón de entrada. Está abierto. No hay rastro del animal. Evelyn está gritando su nombre cuando una corriente de aire caliente la tira al suelo. Se levanta, entra de nuevo en casa y haciendo la señal de la cruz cierra la puerta y su candado.

En el garaje, entre los utensilios de caza de Gonzalo, encuentra cuatro cepos de hierro forjado. Uno por uno los levanta y los esconde cuidadosamente en el jardín. Entra después en el cuarto de servicio. Algunas camisetas se convierten, con el tiempo, en pijamas, y los muebles que antes nos encantaban terminan a menudo aquí, en el cuarto de servicio. Lo mismo sucede con los números atrasados de cierta revista de decoración. Están apilados en cuatro montones en torno a la cama formando una especie de dosel sin techo, a medio

---

hacer. De los sesenta y dos años que tiene, Evelyn ha pasado los últimos cuarenta en España. En chálés como este, en Puerta de Hierro, en Arturo Soria, en parque Conde de Orgaz. Ha visto crecer a niños, niños como tú a los que ha retirado, con sus manos untadas en aceite, la dermatitis seborreica que llamamos costra láctea. Un buen día esos niños le sacan dos cabezas y la llaman chacha o chinita delante de medio equipo de baloncesto. Lo que quiero decir es que Evelyn está acostumbrada al desprecio. Pero a esto que acaba de ver no hay forma de acostumbrarse. Tiene miedo. Tiene prisa. Tiene diógenes. Además de revistas guarda cestos de mimbre, crucifijos, libros de texto, clavos, toallitas húmedas, comida para peces, botones, calendarios, hilo, tapas de yogur, huesos de albaricoque en tarros, un sobre con pelo humano. Cada quince días envía a Filipinas cajas que pesan como menhires. Tiene una junto a la encimera, lista para salir. No saldrá, ni ahora ni nunca.

Se sube a la cama y revuelve el altillo apartando palos de golf y raquetas de pádel. Allí ve dos maletas. Una es una maleta normal, negra, de Roncato. La otra es LA MALETA DEL CAPITÁN GARFIO. Idéntica a la que tienes tú, la que imitando a los mayores intentabas arrastrar por las cuevas de un pueblo blanco el verano pasado, cuando tus padres te llevaron a ver el mar. La maleta morada con su pegatina descolorida del pirata, tal y como aparece en la película de Disney.

---

Evelyn mira las dos maletas pero no se lleva ninguna. Lo único que se lleva es un sobre con cinco cartas escritas en tagalo. Entre las cartas, comidas en su mayoría por manchurroneos de licor en forma de país, hay una foto de principios de siglo. Cuando digo principios de siglo quiero decir principios del siglo xx. Nací en 1983. Todo lo que empieza por dos mil me sigue sonando a futuro, a coche volador, a robot mayordomo.

Como si fuera una estampita, Evelyn coge la foto y la besa. En ella se ve a dos recién casados delante de un arrozal, en Filipinas. El hombre es un soldado español de nariz enorme, gibosa. La mujer, una joven embarazada que, lo mismo que yo hasta que hube sorteado las arenas movedizas que llamamos adolescencia, no se atreve a mirar a cámara. Hace bien al pensar que las fotografías traen mala suerte.

Evelyn esconde el sobre en el monedero. Se sienta después a la mesa de la cocina y escribe una nota. Enseguida la va a pegar a la nevera con un imán. Va a cerrar la puerta por fuera, se va a marchar, no va a pisar nunca más este suelo. Pero antes conviene saber que la nota no dice lo que han venido diciendo tradicionalmente las notas en esta casa. No dice quinoa, la nota, no dice brócoli, aguacate, harina de castañas, papel higiénico.

A los cuatro años de edad, seguramente en Ibiza 35, muy cerca de donde vives tú, el poeta Leopoldo María Panero le preguntó a su padre, que tam-

---

bién era poeta: «Papá, cuando se apaga la luz, ¿adónde va lo claro?». Tanto el contenido de la nota como la solución a este acertijo, que parece un tipo de aporía, un koan, son, por el momento, un misterio.